



LA COMPETICIÓN QUE NUNCA SOÑÉ

Julia Martinez Berengueras (Cataluña)

Era el gran día. En aquel momento yo no podía echarme atrás. Llevaba tanto tiempo deseando aquella competición de atletismo. Pero en esos instantes me sentía como un niño pequeño que no sabe hacer nada y que sólo desea aprender cosas nuevas pero que no puede alcanzar a sus compañeros de clase. Y allí estaba yo, pálida como la leche, vestida con los shorts y una camiseta con el dorsal 105. Vi a mis compañeros empezando a calentar, intenté acercarme, pero mis pies seguían sin querer moverse del suelo, enganchados en aquella pista donde, años atrás, había competido en cien metros lisos. Había sido el peor día de mi vida, porque, cuando nos llevaba ni la mitad de los metros, tropecé con mi propio pie y caí de cara, dejándome ahí unos cuantos dientes y mi dignidad. Aquel hecho me había marcado para el resto de mi vida. Por eso tenía miedo en competir un año después, porque aun tenía el estruendo del público (entre risas y gritos de exclamación) en mis orejas y aún sentía mi cara sonrojándose. Poco a poco, aquel horrible recuerdo, se fue de mi cabeza, dejando sitio a uno que me transmitía más felicidad: el recuerdo de mi primer día de atletismo, unos seis años atrás. Mis padres querían que yo hiciera atletismo, porque ellos habían sido atletas, para ver qué tal lo hacía. Recuerdo muchos nervios, pues tenía que pasar una prueba de nivel. Cuando me tocó hacerla a mí, un hombre de pelo corto me dijo que hiciera una voltereta en la colchoneta. Lo hice casi sin pensar, ya que mi madre se pasaba el día haciéndome practicar y ya me salía del todo bien. De pronto, oí aplausos y el hombre me sonreía. Me hizo hacer un par de ejercicios más y, finalmente, me puso en el primer grupo. Fui la niña más feliz del mundo. Empecé a entrenar con

aquel grupo y a aprender muchísimo, mis padres estaban en una nube, nunca se hubieran podido imaginar que yo haría algo así.

Oí un silbato. Tres minutos para la competición, con todas esas historias se me había pasado el tiempo rapidísimo. Por fin, mis piernas se despegaron del suelo y pude empezar a correr. Di sólo una vuelta y fui a estirar con los chicos. Ellos hablaban de temas que a mi no me interesaban y no les hice caso. Todos estaban alrededor de Mónica, aquella chica que se dedicaba a tender trampas a los más pequeños del equipo. Todos querían ser sus amigos. A mí, por suerte, o porque todavía no sabía quién era, nunca me había hecho nada. Sólo un día, una amiga suya, intentó que le sacara una uña postiza que se le había caído a la basura y ella no la quería coger. Hice ver que no la oía y me fui.

Otro silbato. Dos minutos para la competición. Acabé mi calentamiento y me puse en mi casilla de salida. El entrenador vino y dijo que corriéramos hasta más allá de nuestros límites y que sólo pensáramos en ganar, en nada más.

El último silbato antes de empezar. Todos en posición. Se oyó un "pum" de pistola y la competición se dio por empezada. Todos empezamos a correr y vi que estaba en el primer puesto, tenía que mantener el ritmo. De pronto, noté que me faltaba aire, que mi cuerpo no podía. Paré, me fui a un lado de la pista y allí pude empezar a ver lo que acababa de hacer. Me había retirado, pero por el contrario, me sentía genial. Porque por una vez no era la niña que mis padres querían que fuese, sino la niña que yo quería ser. Ya no era aquella niña de otro planeta, que nunca estaba contenta, sino una simple niña feliz. Llevaba tanto tiempo intentando cumplir el sueño de mis padres que no me había acordado del mío: ser feliz. Entonces decidí cumplirlo, y todo es posible si es lo que realmente quieres.